

Alfonso García Robles

Momentos previos a un Premio Nobel

Juan Pellicer

Junto a la sueca Alva Myrdal, el diplomático mexicano Alfonso García Robles recibió en diciembre de 1982, de manos del rey de Noruega, el Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos en pro de la desnuclearización global, como lo demostró su participación central en la firma del Tratado de Tlatelolco. Un testigo de aquellos hechos escribe esta crónica en la que retrata los pormenores previos a la premiación.

—Gracias, compañero. Ya se podrá imaginar lo contentos que estamos —era la voz de don Alfonso García Robles desde su casa en Ginebra—: Desde que me dieron la noticia, Juanita y yo le hemos estado pasando revista a las memorias de nuestra visita a Oslo, recordándolo a usted y a Holly, la cena que ella nos sirvió... Mañana le hablo con calma, ahora tengo aquí gente que quiere hablar conmigo; quiero pedirle que por favor me consiga unos documentos, ya le diré mañana. Muchos saludos a Holly y aquí le paso a Juanita que quiere hablar con ustedes.

Fue el 13 de octubre de 1982. Hacía apenas unos minutos que yo había regresado de la universidad cuando sonó el teléfono.

—Hola Juan, felicidades —era la voz de Henry Notaker, periodista amigo mío.

—Gracias, Henry... pero, ¿por qué me felicitas?

—Porque tu paisano se ganó el Nobel de la Paz, junto con Alva Myrdal, acaban de anunciarlo...

—¿García Robles?

—¿Lo conoces?

—Desde luego, fue mi jefe en la Secretaría de Relaciones y es amigo personal... Henry, ¿puedo llamarte más tarde?

—Sí, claro, no dejes de hacerlo porque quiero escribir una nota...

—Gracias por la buena noticia, Henry, hasta pronto. Emocionado fui a contárselo a Holly. Había que llamar a don Alfonso y a Juanita para felicitarlos.

Una de las últimas gestiones que, como embajador de México en Noruega, me encomendó la Secretaría de Relaciones Exteriores, fue la de entregar una nota al

comité del Premio Nobel de la Paz con el apoyo formal del gobierno mexicano a la candidatura de Santiago Genovés. Después de cuatro años de representar a México en Noruega, mi misión estaba a punto de concluir. De modo que pedí una cita con el profesor Jakob Sverdrup, director del Instituto Nobel de la Paz y secretario del Comité Nobel.

El 6 de enero de 1981, a las 13 horas, me recibió Sverdrup en sus oficinas del instituto. Era un conocido periodista y profesor de historia en la universidad; habíamos coincidido en algunas recepciones y cenas. Le entregué la nota y le informé de su contenido. Me indicó que efectivamente se había presentado la candidatura de Genovés y que la nota se incluiría en su expediente respectivo. Antes de despedirme, le conté que muy pronto dejaría la embajada, pero que íbamos a quedarnos una temporada en Oslo. Me deseó una feliz estancia en Noruega y salí de su oficina. Cuando me disponía a ponerme el abrigo, salió de su despacho y me pidió que regresara, que tenía algo que decirme.

—Quiero decirle algo. No sé si usted lo sabe, pero hay un buen candidato de su país.

—...

—Se trata de Alfonso García Robles. Su candidatura ha sido propuesta por un senador o diplomático canadiense (ahora mismo no lo recuerdo), pero este año no ha sido renovada. Si no es renovada, no puede tomarse en consideración.

—Muchas gracias por su información. Conozco al embajador García Robles, trabajé a sus órdenes en la ONU, en Nueva York, y cuando fue secretario de Relaciones Exteriores, en México.

Al regresar a la embajada, llamé a don Alfonso. En efecto, lo había conocido tiempo atrás, durante el otoño de 1973, cuando formé parte de la delegación mexicana a la Asamblea General de la ONU. Él era entonces el representante permanente de México en la ONU y el jefe de la delegación. A mí, subdirector de Asuntos Culturales de nuestra cancillería, me había tocado la representación de México en la Tercera Comisión de la Asamblea, la que se ocupa de los asuntos sociales, humanitarios y culturales. Una vez a la semana nos reuníamos con él para informarle lo que se iba tratando en cada una de las comisiones y todo lo relativo a nuestras intervenciones. Con discreción, respeto y sencillez, nos daba instrucciones, orientaba nuestras intervenciones y señalaba los lineamientos de la política exterior de México a los que deberíamos ajustarnos. Tenía un modo de ser grave pero muy suave, nunca levantaba la voz, imponía su autoridad sin el menor dramatismo, sólo con la sabiduría de su larga y rica experiencia, con su reconocida rectitud y su solidez profesional. A cada uno llamaba “compañero” y así nos hacía sentir —a mí al menos— su genuino compañerismo. Ciertamente, de vez en cuando dejaba ver una cierta

ironía en sus comentarios, pero no cuando se dirigía a sus subalternos como “compañeros”. El respeto y el afecto que le mostraban sus colegas de todas partes del mundo y de todos los signos ideológicos, a su paso por los corredores de la sede de la ONU, revelaban el reconocimiento a su autoridad moral. Tradicionalmente, la intervención de García Robles inauguraba la primera sesión de la Primera Comisión de la Asamblea General, la que se ocupa del desarme y de la seguridad internacional; no había que solicitarlo, la primera intervención estaba siempre a cargo de él. No era un reconocimiento a México sino a él en lo personal. A la sombra de don Alfonso y con sus luces, no pudo ser más instructiva mi introducción al trabajo en los foros internacionales.

Volví a verlo, dos años después, en diciembre de 1975, la víspera de la Navidad, el día que tomó posesión como secretario de Relaciones Exteriores en sustitución de Emilio O. Rabasa. Me aseguró entonces, cuando fui a felicitarlo, que recordaba que habíamos trabajado juntos en la Asamblea. Era el último año de la presidencia de Luis Echeverría. Rabasa me había nombrado, en 1974, director general del Ceremonial con la aprobación del propio Echeverría, ya que el puesto estaba relacionado también con las actividades internacionales del Presidente de la República. Al día siguiente le llevé mi renuncia a García Robles a fin de que él nombrara a la persona de su confianza para desempeñar el puesto. No quiso recibirla. Con una leve sonrisa me dijo que ya platicaríamos después del Año Nuevo cuando él regresara de Nueva York y me deseó una feliz Navidad.

García Robles no hizo muchos cambios en la Secretaría. Nombró a un nuevo subsecretario, Jorge Castañeda; a un director en jefe, Antonio González de León, para que se encargaran de los asuntos multilaterales, y a su secretario privado, Miguel Marín. A principios de enero, cuando volví a verlo, volví a intentar entregarle mi renuncia y volvió a rechazarla. “Vamos a trabajar juntos, compañero,” me dijo y agregó: “véngame a ver hoy en la tarde, a las 7, para hablar de los asuntos pendientes de su Dirección y tráigame por favor un programa de las actividades para enero y febrero en las que mi esposa y yo debemos participar”. Así lo hice. Había además un par de asuntos pendientes cuya atención era urgente y le indiqué que había que resolverlos de inmediato. Tomó los expedientes, abrió uno de los cajones de su escritorio, los depositó ahí, cerró el cajón y me dijo: “Vamos a dejarlos dormir ahí hasta mañana que venga usted a verme a las 10 de la mañana; le aseguro que entonces encontraremos una buena solución... ¿qué le parece?”.

Pronto lo conoció Holly y pronto también conocimos a Juanita, su esposa. Una mujer con una gracia y un encanto en los que se aunaban una aguda inteligencia, una fina sensibilidad y una muy singular belleza. Su marcado acento revelaba su origen peruano y la gra-

cia con la que hablaba despertaba la simpatía de todos. No tardaron Holly y ella en comenzar una amistad que llegaría a ser muy estrecha. Cuando el gobierno de Echeverría llegó a su término, en diciembre de 1976, don Alfonso se mudó a Ginebra como representante permanente de México en el Comité sobre el Desarme de las Naciones Unidas. A mí me trasladaron como embajador a nuestra misión en Oslo.

De modo que al regresar a la embajada después de aquella mi primera entrevista con Sverdrup, llamé a don Alfonso para contarle lo que me había informado el propio director del Instituto Nobel. A don Alfonso no parecieron sorprenderle mis noticias.

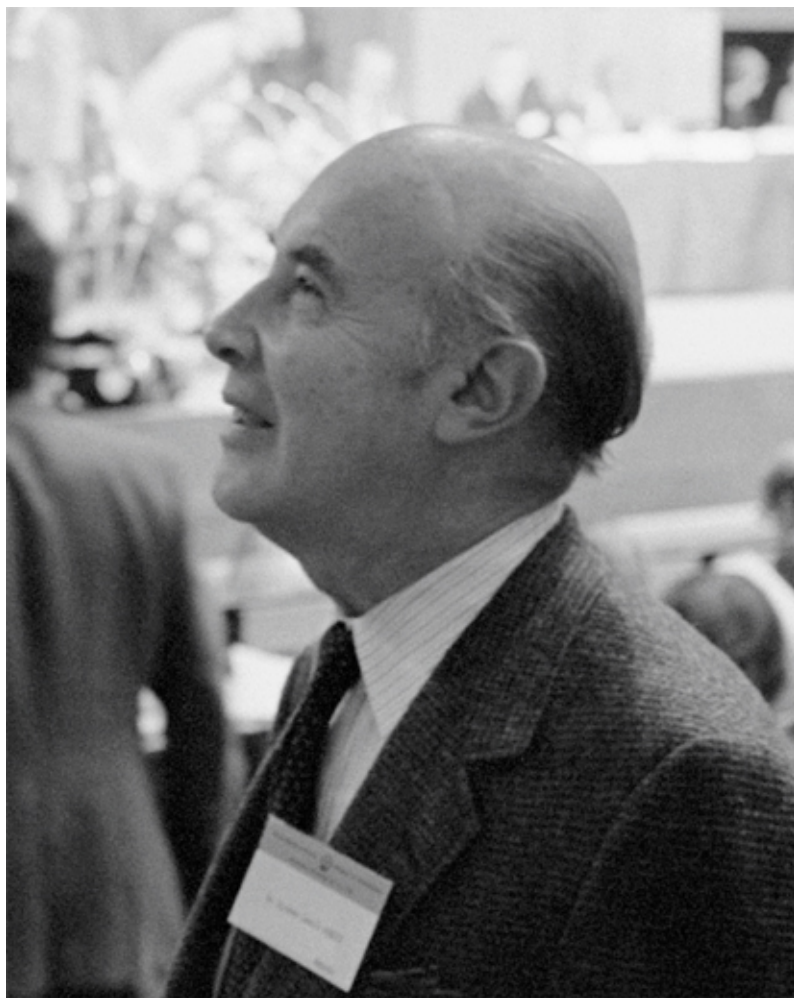
—Sí, sé que fue un amigo canadiense el que propuso mi candidatura; voy a tratar de hablar con él y le transmitiré lo que le dijo a usted el director del instituto. Por cierto, compañero, tal vez sería oportuno enviarle al instituto mis últimos libros y los textos de mis últimas intervenciones en el Comité sobre el Desarme. ¿Podría mandárselos a usted? ¿Sería usted tan amable de hacérselos llegar al director?

—Con mucho gusto, pero acuérdesse que el plazo para este año se vence dentro de tres semanas...

—Acuérdesse usted también de nuestra invitación para que vengan a pasar unos días a Ginebra con nosotros. Ahora que van a dejar la embajada ya no tendrán pretexto para seguir posponiendo su visita. Salude a Holly de mi parte y le aconsejo que hable de esto con ella; yo la conozco y estoy seguro de que ella lo va a convencer de que vengan pronto...

Efectivamente, esa misma tarde le conté a Holly el resultado de mi entrevista con Sverdrup y la plática telefónica con don Alfonso. “¿Por qué no pasamos a verlos ahora que vayamos a Salzburgo?”, me preguntó muy emocionada por la noticia que me había dado Sverdrup. Ciertamente, ya teníamos reservaciones en el hotel y boletos para los conciertos del festival musical que cada año se celebra en Salzburgo con motivo del natalicio de Mozart, es decir, alrededor del 27 de enero. Así queríamos festejar el final de nuestra misión diplomática en Oslo. “Podríamos pasar por Ginebra de regreso”, sugirió Holly y añadió: “Le voy a hablar a Juanita”. Lo hizo esa misma noche. Acordaron las dos que pasaríamos cuatro días con ellos en su casa de Ginebra, a principios de febrero, de regreso de Salzburgo.

Me comuniqué entonces con Jens Evensen, conocido internacionalista noruego quien por entonces se hallaba ocupado, entre otras cosas, en llevar a cabo su proyecto de establecer una zona nórdica libre de armas nucleares inspirado por el Tratado de Tlatelolco. Pensé que tanto para don Alfonso como para Jens era importante que se conocieran personalmente. Cuando llegué a Oslo, en 1977, Jens era el ministro del Derecho del Mar. Había sido el principal motor de la Conferencia

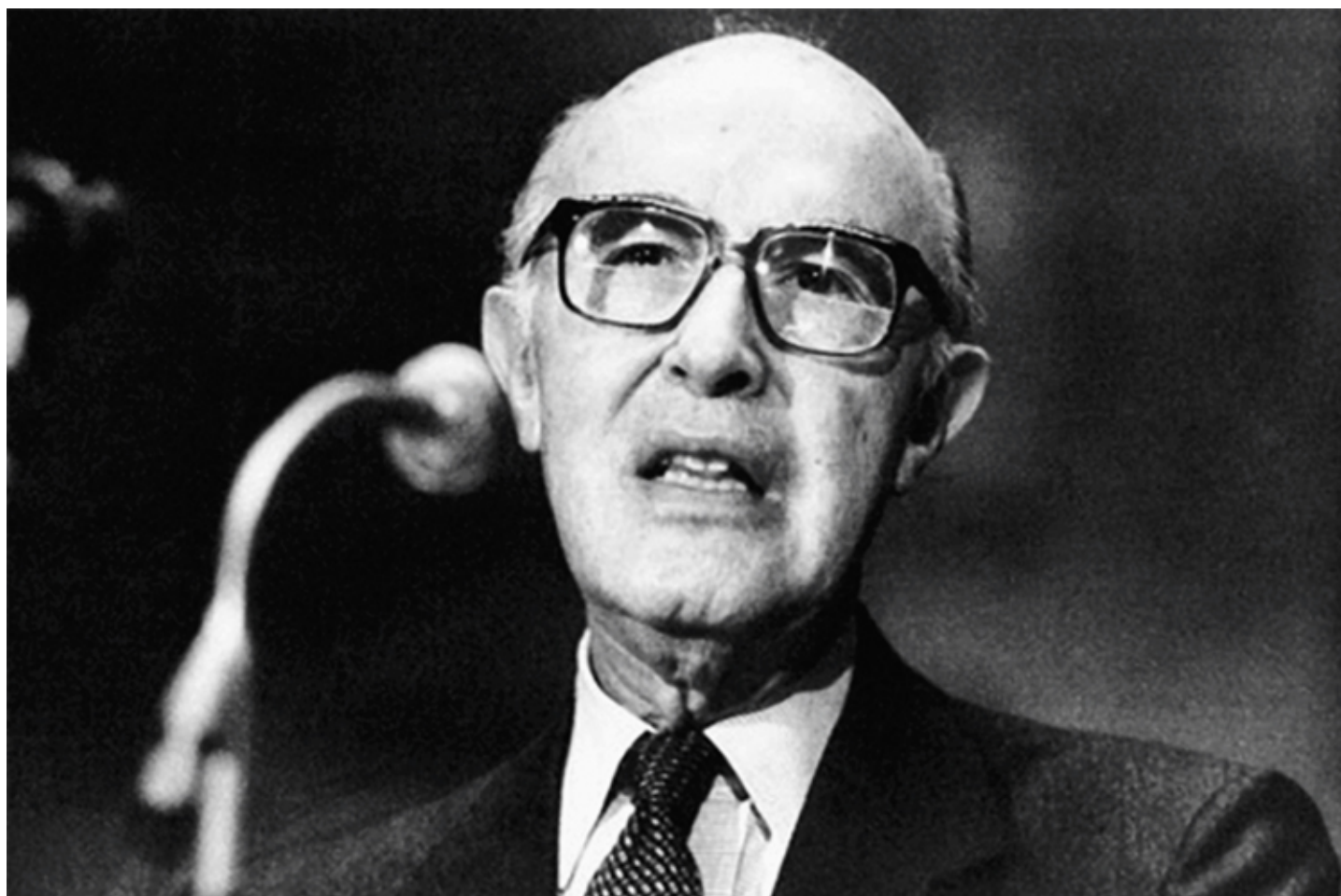


Alfonso García Robles

de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar y ahora se encontraba coordinando la etapa de las últimas negociaciones para la conclusión de la convención final. Por otra parte, su iniciativa de la zona libre de armas nucleares en los países nórdicos se enfrentaba a la oposición del gobierno noruego. El ministro de Relaciones Exteriores, Knut Frydenlund, había inequívoca y públicamente rechazado la idea de Jens. Además había promovido una agresiva campaña de prensa contra el propio Jens. La Guerra Fría, la vecindad fronteriza con la Unión Soviética, la traumática experiencia que significó la invasión y ocupación alemana de 1940 a 1945 y la incondicional alianza con Estados Unidos determinaban la política internacional noruega.

A partir de mi primera visita de cortesía a sus oficinas, Jens había despertado mi admiración y mi simpatía. Con frecuencia almorzábamos juntos en una cafetería que a él le gustaba, a unos pasos de su oficina. Yo le había contado sobre mi trabajo a las órdenes de García Robles, el arquitecto del Tratado de Tlatelolco. Él no lo conocía personalmente y estábamos de acuerdo en que debía conversar con él sobre su idea de la desnuclearización del norte de Europa.

Cuando llamé a Jens, le dije que Holly y yo iríamos a visitar a los García Robles en Ginebra durante los primeros días de febrero; sabiendo que él iba con frecuen-



Alfonso García Robles, Premio Nobel de la Paz, 1982

cia a esa ciudad con motivo de la Conferencia del Mar, le dije que en caso de que él se encontrara ahí, me gustaría mucho aprovechar la oportunidad para presentarle a García Robles. Me dijo que en realidad él tenía programado un viaje a Ginebra a mediados de febrero, pero que iba a ver si podía adelantarlos para coincidir conmigo, que ya me llamaría. No se lo dije, desde luego, pero mi intención era que ahora que la candidatura de don Alfonso al Nobel estaba sobre la mesa, alguien de la estatura política en Noruega, como la de Jens, lo conociera personalmente. Ya que no volvió a llamarme antes de nuestra partida rumbo a Salzburgo, supuse que no coincidiríamos en Ginebra.

A nuestra llegada a Ginebra, en el aeropuerto, nos esperaban Juanita y don Alfonso. Era la primera vez que visitábamos esa ciudad. A nuestros entrañables amigos no los veíamos desde hacía más de cuatro años cuando nos despedimos en México. Del aeropuerto nos llevaron —Juanita al volante— a su casa a la orilla del lago. Una casa moderna de una sola planta, con ventanas que miraban al lago, que albergaba la biblioteca y buena parte de la colección de arte prehispánico y moderno que los García Robles habían acumulado a lo largo de los años. Ahí nos esperaban sus dos hijos, Alfonso y Fernando, y Xólotl, su perro. Brindamos por el encuentro y Juanita nos sirvió un sabroso chupe porque sabía que era uno de nuestros platos favoritos.

Animados y emocionados comenzamos a ponernos al día de todo lo que habíamos hecho desde que nos habíamos despedido en México, particularmente de su candidatura al Nobel de la Paz. Efectivamente, su amigo William Epstein lo había presentado. Era un diplomático canadiense amigo suyo, nos dijo, desde que trabajaron juntos en las Naciones Unidas cuando don Alfonso era el jefe de la División Política del Consejo de Seguridad. “Ya le comuniqué la información que usted me transmitió”, me dijo, y añadió: “Por cierto, compañero, no deje de recordarme cuando se vayan, que le entregue unos libros míos para que me haga el favor de llevárselos al director del Instituto Nobel”.

La medianoche nos sorprendió en la sobremesa. Había tanto que platicar. Juanita era una conversadora inagotable; en todo lo que hablaba se reflejaba su entusiasmo por la vida, la intensidad de sus convicciones, su fina sensibilidad, su inteligencia tan aguda, su buen humor. A don Alfonso le gustaba escucharla con una sonrisa de satisfacción que revelaba su admiración y el profundo amor que le profesaba.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, Juanita nos preguntó qué queríamos hacer. Don Alfonso se iría a trabajar a su oficina. Ya que no conocíamos Ginebra, Juanita nos llevaría a pasear por el viejo centro de la ciudad y luego a lo largo de las riberas del lago. Camino del centro, dejamos a don Alfonso en su ofici-

na. Al bajarse del coche se acordó que tenía un recado para mí. Lo tenía apuntado en una tarjeta que había olvidado darme a mi llegada y que sacó de su portafolios y me entregó. Me había buscado Jens para decirme que llegaría a Ginebra dentro de unas horas y me había dejado el teléfono del hotel donde se alojaría. Por la tarde, cuando don Alfonso regresó de su trabajo y nosotros de nuestro paseo, le conté que Jens Evensen se encontraba en Ginebra y que me gustaría presentárselo. Le conté también que había hecho amistad con él, quien ahora luchaba por la desnuclearización de los países nórdicos contra la oposición de su propio gobierno. “Sé quién es, no lo conozco personalmente pero tengo conocimiento del decisivo papel que ha desempeñado en la Conferencia del Mar”, comentó don Alfonso, “me encantaría conocerlo... ¿por qué no lo invitamos a cenar mañana en la noche en el restaurante del Hotel des Bergues?”. Y dirigiéndose a mí primero y luego a Juanita y a Holly, añadió con ironía: “Podríamos usted y yo cenar con él y así ustedes dos tendrían la noche libre”. De modo que me comuniqué con Jens y le transmití la invitación de don Alfonso para cenar al día siguiente.

Durante la cena, escuchamos a Jens hablar de la Conferencia del Mar y de su colaboración con la delegación mexicana en ese foro, pero sobre todo de su iniciativa sobre la desnuclearización del norte de Europa. Don Alfonso miraba con la mayor simpatía esos esfuerzos. Jens conocía la historia del Tratado de Tlatelolco y las características de su aplicación práctica, las importantes garantías que implicaban sus dos protocolos, etcétera. Sin embargo, quería oír al propio creador del tratado hablar sobre su obra. Don Alfonso respondió a todas sus preguntas con detalles prolijos. Acordaron mantenerse en contacto; don Alfonso prometió enviarle libros y diversos textos que podrían interesarle a Jens y este, por su parte, le enviaría el texto que él había propuesto como base de las negociaciones orientadas al establecimiento de la zona libre de armas nucleares en los países nórdicos.

Al regresar a Oslo, pedí una cita para entregarle al director Sverdrup los libros y los documentos que le enviaba don Alfonso. Acudí a la cita con Sverdrup con la intención de tratar el asunto de la candidatura de García Robles; había que hacerlo con prudencia y con tacto. Sabía que mi antecesor en la embajada había hecho campaña en los medios para apoyar la candidatura del presidente Echeverría; me habían contado que invitaba a la embajada a numerosas personas para sugerir que Echeverría merecía el premio. La campaña no prosperó en buena parte, según creo, por la obvedad y la insistencia con la que la manejó mi predecesor. Los terrenos del Comité Nobel son delicados. El comité guarda con el mayor celo la más rigurosa independencia, reserva y confidencialidad. Es sabido que no sólo rechaza cualquier intento de influir sus decisiones, sino que cualquier intento de esa

naturaleza, por sutil que sea, resulta contraproducente.

La cordialidad con la que me recibió Sverdrup y el interés con el que hojeó los libros y documentos de García Robles me animaron tanto que no resistí la tentación de sugerirle algo. Yo entendía que era difícil otorgarle el premio a un desconocido por el público noruego, pero también sabía que con frecuencia los Premios Nobel, los de la Paz y también los otros, habían sido otorgados a dos o más personas. Sabía también que había otros candidatos asociados con el desarme, por ejemplo, la sueca Alva Myrdal, de quien con frecuencia se ocupaba la prensa noruega. “¿Por qué no le dan el premio a García Robles y a Alva Myrdal conjuntamente?”, le pregunté con miedo de llegar a arrepentirme algún día de mi atrevimiento. Sverdrup bajó la vista y se mantuvo en silencio durante muy largos segundos ponderando tal vez lo retórico de mi pregunta hasta que, para mi alivio, levantó la vista y mirándome a los ojos dijo: “Su idea no es mala”. Ni una palabra más. Ahí terminó nuestra entrevista. Salí impulsado por un gran aliento. Fuera de Holly, a nadie, ni siquiera a don Alfonso, le conté ni lo que yo le había dicho a Sverdrup ni lo que él me había respondido. La suerte estaba echada y si no le hubieran dado el premio a don Alfonso, yo no habría querido que me culparan por la impericia que revelaba el imprudente atrevimiento al inmiscuirme en terrenos que todos sabían que estaban vedados.

Holly y yo estábamos convencidos de que era muy necesario que don Alfonso fuera conocido en Noruega y personalmente por el Comité Nobel. Por eso, cuando don Alfonso me contó que él y Juanita viajarían a Holanda a principios de junio, Holly y yo los invitamos a que pasaran por Oslo a visitarnos. Le indiqué a don Alfonso que sería oportuno que lo entrevistaran en la televisión y en el periódico y que Holly quería preparar una cena aquí en la casa con gente vinculada con el premio y con el desarme. Aceptaron nuestra invitación y nuestras sugerencias. El jueves 4 de junio llegaron a Oslo. Al día siguiente, por la mañana, llevé a don Alfonso a los estudios de NRK, la televisión noruega, donde se grabó una entrevista con él que transmitirían esa misma noche. Por la tarde vino a la casa un periodista de *Aftenposten*, el principal diario noruego, con un fotógrafo, para entrevistar a don Alfonso. Ambas entrevistas giraron, por supuesto, sobre el Tratado de Tlatelolco y sobre la conveniencia de extender las zonas libres de armas nucleares a todas partes del mundo.

Por la noche, ofrecimos una cena en la casa; invitamos a la primera ministra, Gro Harlem Brundtland, y a su esposo. La habíamos conocido cuando era ministra del Medio Ambiente (a su marido Olav yo lo encontraba con frecuencia en el supermercado) y siempre que coincidíamos con ella en alguna cena me preguntaba cosas sobre México. Invitamos también al director del

Comité Nobel, John Sanness, y a su señora; a Jakob Sverdrup y señora; a Bjartmar Gjerde y a su esposa; Gjerde, prominente figura del Partido Laborista, había sido hasta hacía poco ministro de Petróleo y Energía y ahora dirigía NRK, la corporación estatal de radio y televisión; a Marek Thee y su esposa, el director del Instituto para las Investigaciones sobre la Paz (PRIO). Jens Evensen no se encontraba en Noruega y la primera ministra me habló media hora antes de que llegaran los invitados para disculparse porque habían surgido “graves problemas” que debía atender de inmediato. Fue una lástima; me habría gustado que Gro conociera entonces a don Alfonso. La cena transcurrió muy animadamente. A la hora del café, don Alfonso tuvo la oportunidad de platicar con Sanness, Thee, Sverdrup y Gjerde; los dos primeros orientaron la conversación por los rumbos de las actividades de don Alfonso en el Comité del Desarme y de sus experiencias en relación con el Tratado de Tlatelolco. Don Alfonso cubrió esos campos con la claridad didáctica y la sencillez que siempre lo caracterizaron.

Era su primera visita a Oslo. Al día siguiente los llevamos a la Galería Nacional, al Museo Munch y al parque de Vigeland, además de hacer un paseo por el fiordo. El domingo los despedimos en el aeropuerto con la esperanza de volver a verlos pronto en Oslo. No fue tan pronto como lo deseábamos. En octubre, el comité anunció que el premio de 1981 se entregaría al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. De vez en cuando, don Alfonso me enviaba textos suyos para que se los hiciera llegar al Comité Nobel. Entonces pasaba yo por la oficina de Sverdrup, le entregaba lo que don Alfonso le enviaba e intercambiábamos saludos. No volvimos a mencionar la candidatura. No había nada más que hablar sobre el asunto. Por mi parte, todo estaba dicho.

Hasta que, al año siguiente, llegó el anuncio del 13 de octubre. Como me lo había prometido ese día cuando le hablamos para felicitarlo, al otro día me llamó don Alfonso. Me pidió que le consiguiera los textos de los discursos que algunos premiados habían pronunciado a la hora de recibir el premio (entonces no existía Internet). Unos días después, volví a ver a Sverdrup, quien me recibió en su oficina con una gran sonrisa y un apretado abrazo. “Espero contar con una invitación para asistir a la ceremonia en el Aula”, le dije. “No tiene usted que decírmelo”, respondió, “no faltaba más, desde luego que le enviaremos una invitación para usted, para Holly y para sus dos hijos y otra para usted y Holly para la cena que ofrecerá el rey en el Grand Hotel en honor de los premiados. Voy a buscar los discursos que me pide y se los haré llegar muy pronto”.

El 8 de diciembre, a las 9 de la noche, aterrizaron don Alfonso y Juanita, Alfonso y Fernando. Holly y yo estuvimos en el aeropuerto, junto a Sverdrup, al pie de

la escalerilla esperándolos. Imposible ocultar nuestra emoción. Sverdrup los llevó al Grand Hotel donde estarían alojados. Al día siguiente fuimos a almorzar con ellos y por la noche nos invitaron a los cuatro a cenar al restaurante del hotel. Fuimos ocho a la mesa. La ceremonia en el Aula de la universidad fue, como siempre, muy emotiva. Asistió el rey Olav con su hijo Harald, el príncipe heredero, y su esposa la princesa Sonja. Nos sentamos junto a los Brundtland; Gro acababa de dejar de ser primera ministra. Tampoco esta vez pudo estar presente Jens Evensen; se encontraba en Montego Bay, Jamaica, donde ese mismo día se abría para su firma la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar. Pero el que sí estaba era William Epstein, el diplomático canadiense que había presentado la candidatura de don Alfonso.

Alva Myrdal y don Alfonso pronunciaron muy elocuentes discursos subrayando la importancia del desarme en los esfuerzos por la paz mundial. Don Alfonso, por su parte, propuso que se creara un premio de derechos humanos en vista de que últimamente se habían concedido premios teniendo en cuenta más la defensa a los derechos humanos que las tareas encaminadas hacia la paz.

Habían llegado a Oslo políticos y diplomáticos mexicanos que asistieron a la ceremonia. Volví ahí a ver a algunos de mis ex colegas. En la embajada de México se serviría un almuerzo para los mexicanos que habían llegado a Oslo. A la salida del Aula, me dijo don Alfonso que él y Juanita querían invitarnos a nosotros cuatro a comer, que por favor eligiéramos un restaurante. “Gracias, don Alfonso”, me apresuré a recordarle, “pero hay un almuerzo en la embajada...”. “Lo sé”, me interrumpió, “ya le dije al embajador que nosotros no asistiríamos. Lo que nosotros queremos es estar solos con ustedes”. Y mirando a Holly, añadió: “¿Adónde quiere usted que vayamos?”. Holly sugirió “Engebret”, uno de los restaurantes más antiguos de la ciudad, no lejos del Grand Hotel.

Por la tarde, el rey recibió a don Alfonso en el Palacio y por la noche nos invitaron a que los acompañáramos al balcón del hotel desde donde presenciarían la tradicional marcha con antorchas con la que el pueblo de Oslo saluda cada año a los premiados. De ahí nos fuimos juntos a la cena del rey a la que asistió el gobierno en pleno, el Comité Nobel, miembros del parlamento y destacadas personalidades del mundo cultural y económico del país. Al día siguiente, víspera de su regreso a Ginebra, hubo una recepción en la embajada de México y por la noche vinieron los cuatro García Robles a cenar con nosotros en la casa. Al terminar de cenar, don Alfonso levantó su copa y, mirando a Holly, le dio las gracias por esta cena y por la del año pasado y terminó exclamando “¡Cómo olvidar aquella cena!”. **U**